

Por el bien mayor

Autor: heguendm

Elizabeth, Ramón y Shana fueron a la habitación de Martín. Martín sabía el porqué; no estaban interesados en él, sino en su anfitriona, Lucía. La anciana estaba en un estado de demencia avanzada, lo cual la hacía perfecta para ser la nueva anfitriona de Elizabeth.

—Sabes porque estamos aquí, Martín —Shana fue directa al grano.

Martín miró a Elizabeth y luego a Lucía. No tenía sentido hacerse el tonto.

—Es por el bien mayor —añadió Ramón.

Martín sabía que usarían algo así como excusa.

—No me vendas esa tontería; sé que con la ayuda de Lucía, Elizabeth puede salvar a muchos fantasmas de los Glotones. No me opondré a eso —El rostro de Shana y los demás esbozó una pequeña sonrisa.

—Sin embargo, en este mundo, nada es gratis —Martín se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres? —Preguntó Elizabeth.

No había mucho con lo que un fantasma pudiera negociar. Las opciones eran limitadas en el mejor de los casos e inexistentes en el peor. Sin embargo, siempre había alguna necesidad; estar muerto no cambiaba ese hecho.

—Quiero que entrenes a John —Respondió Martín.

—Ni en broma.

A Elizabeth no le agradó John desde el primer día; esa mirada que le dio al conocerla fue suficiente para causarle una mala impresión. Las cosas que hizo después solo empeoraron las cosas; no había manera de que ella lo ayudara.

—Está bien entonces. Digamos que le permitirás entrar en tu habitación por seguridad hasta que aprenda a sobrevivir por sí mismo.

Antes de que Elizabeth pudiera rechazar la nueva propuesta.

—Es por el bien mayor —añadió el astuto profesor.

—Está bien —aceptó Elizabeth con una mueca.

Martín salió de la habitación. Elizabeth comenzó a tocar a Lucía de inmediato. John se había ido hace mucho tiempo; acercarse a Elizabeth solo empeoraría las cosas, y él lo sabía, así que se alejó tan pronto la vio venir junto a los demás.

—A partir de ahora, te quedarás con Elizabeth durante los ataques —Martín anunció.

—Pero ella me odia —Le recordó John.

—Lo sé, pero hice un trato con ella a cambio de mi anfitriona.

—Podrías haber pedido otra cosa; ¿por qué hacer eso por mí?

—¿Por ti? No seas tonto niño; lo hice por mí mismo. Hay tres razones por las que pregunté eso: Primero: No hay mucho que podamos pedirle a otros fantasmas. Segundo: Necesito que la vigiles tanto como sea posible. Dado que ahora tienes una excusa, serás mis ojos y oídos. Tan pronto como oscurezca, acércate a ella y no pierdas de vista nada de lo que suceda o se diga en esa habitación.

John le miraba confuso.

—Algo no está bien con esos dos —dijo Martín, refiriéndose a Willy y Elizabeth. —Y voy a averiguar qué es.

—¿Cuál es la tercera razón? Mencionaste tres razones, pero solo dijiste dos.

—Oh, eso. Solo quería molestarla. Todo el mundo sabe que no le agradas —Martín dijo, sonriendo.

Martín cambió su anfitrión a otro anciano; era mucho más joven que Lucía, y su mente seguía aguda. El viejo Benancio se quejó unas cuantas veces de que sus hombros estaban rígidos y un poco pesados últimamente. Cuando Martín no estaba sacándole provecho al anciano, John practicaba sus habilidades, hasta el momento sin éxito; no era una habilidad fácil de aprender.

Llegó la noche, las paredes empezaron a hacer ruidos, las luces produjeron el parpadeo habitual, y la mayoría de los fantasmas se refugiaron en la nueva habitación de Elizabeth; sin embargo, muchos de ellos se apresuraron a la entrada de la sala de estar de los trabajadores tan pronto como demostró ser incapaz de hacer que su nueva anfitriona se moviera.

—Su mente sigue siendo demasiado aguda. Somos fantasmas; somos residuos de una vida; la única manera que tenemos de tal vez influir en la voluntad de alguien es si esa persona casi no tiene voluntad —explicó Martin.

—¿Puedes hacerlo? —Preguntó John.

—Aún no; todavía soy un fantasma muy joven, o al menos eso es lo que dijeron Elizabeth y Willy. Según Ramón, este es el único lugar donde esto ocurre; hasta donde él sabe, en el mundo exterior, la mayoría de los fantasmas no permanecen vagando más de cinco años; un día simplemente se evaporan como si nunca hubieran existido. A Elizabeth le tomó casi veinte años aprender a hacerlo; fuera de estas paredes, nadie tiene tanto tiempo; además, nadie quiere. He hablado con Ramón sobre el exterior; hasta donde sabemos, después de un tiempo, nuestra insensibilidad a todo es absoluta; incluso los viejos rencores se olvidan, y una vez que no te importa y estás aburrido hasta la médula, simplemente desapareces en el aire.

El profesor había aprendido muchas cosas de otros fantasmas; esa era una de las razones por las que caía mal a Elizabeth; hacía demasiadas preguntas. Lo mismo para Willy; encontraba molestas las preguntas del profesor y solo quería que lo dejaran en paz.

—¿Y ahora qué?— preguntó John, observando las luces parpadear con un poco más de frecuencia.

—Ve a la sala de estar; dudo que ataquen esta noche, pero por si acaso. John esperó hasta que una enfermera entrara en la habitación y la siguió.

—Bueno, escuché que están planeando una inspección sorpresa del edificio —comentó la enfermera.

—¿Cómo puede ser una sorpresa si ya hay rumores? —Un asistente de enfermería señaló lo obvio.

—Bueno, la explicación es simple. ¿Recuerdas que la semana pasada al señor Santana lo enviaron al hospital en mal estado? —Sí, lo recuerdo, fue una noche movida.

—Bueno, dos de sus hijos fueron al hospital para hacer preguntas, y dado el mal estado del señor Santana, empezaron a buscar abogados. Adrián, el hijo que está manejando el negocio de Santana, se enteró. Parece que empezó a hablar con sus hermanos, y la situación se volvió fea. Entonces, Adrián llamó a sus amigos en altos cargos, y en caso de que el anciano muera, tiene la intención de clausurar el edificio y bajar su valor. Eso sería fácil de hacer. Este lugar está en grave violación de muchas regulaciones.

Entonces, Adrián podría comprar a sus hermanos a bajo precio, remodelar el edificio, hacer algunas reparaciones y venderlo más tarde para obtener ganancias —la enfermera explicó.

—Las peleas de los ricos; su avaricia no conoce límites —comentó el asistente de enfermería.

—Bueno, no sé qué pasará, pero ya estoy enviando mi currículum a otros lugares, por si acaso —la enfermera añadió.

—Te recomiendo que hagas lo mismo.

—Yo no, estoy harto de esto. Estoy cambiando de trabajo; un primo mío puede conseguirme un puesto en un supermercado. Me estoy cansando de limpiar culos cagados —el asistente de enfermería rechazó la propuesta de la enfermera.

John estaba de pie en la habitación, escuchando cada detalle. A Martín le interesaba conocer todos los rumores y chismes relacionados con el Señor Santana.

Tarde en la noche, el personal aprovechaba los momentos de tranquilidad para descansar en el sofá de la salita de estar. Algunos fueron a cualquier habitación que estuviera desocupada para echarse una siesta en la cama. Sin embargo, siempre había algo que irrumpía el descanso, algún interno senil empezaba a gritar, salía de su habitación, o alguien ensuciaba los pañales y necesitaba un cambio. Siempre había algo que hacer, pero el personal lograba descansar de vez en cuando. La noche llegó a su fin, y no hubo ataque. Todos volvieron a hacer sus cosas habituales.

La mayoría de los muertos iban a la sala de entretenimiento; ver televisión era lo principal. John le informó a Martín sobre el chisme y luego volvió a entrenar. No había nada nuevo ni relevante en la información a los ojos de Martín. Sin embargo, el hecho de que el Señor Santana estuviera a punto de morir y los hijos estuvieran comenzando una pelea por la herencia era una noticia terrible. Las posibilidades de que la institución cerrara crecían cada día.

—Ya veo, gracias, Wilma —Elizabeth agradeció a otro fantasma.

Martin no era el único interesado en los rumores que circulaban; de la misma manera en que el profesor usaba a John como informante, Elizabeth usaba a otros fantasmas que querían ganarse su favor para recopilar información. Las noticias eran malas para todos y Elizabeth no era la excepción.

—Pronto sucederá —se dijo a sí misma sin dejar de tocar a la anciana.

Ramón y Shana también sabían sobre la pelea legal entre los herederos de Santana; obtuvieron la

información hablando con los otros fantasmas en la sala de entretenimiento. Willy probablemente fue uno de los últimos en enterarse, pero poniendo atención se enteraba de casi todo. No le importaba mucho; no había nada que los fantasmas pudiesen hacer para cambiar el futuro. Suceda lo que suceda, él lo manejaría de una forma u otra. Mientras los demás lo dejaran en paz, no le importaba.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por heguendm